

Carta pastoral
a las comunidades de la diócesis Rotemburgo-Stuttgart
sobre la pandemia del coronavirus

25.º domingo del ciclo anual: 20 de septiembre de 2020

Obispo Dr. Gebhard Fürst

La fe en Dios
en tiempos del coronavirus

¡Queridas hermanas, queridos hermanos!

Hoy, una semana después de finalizar las vacaciones y del inicio del colegio, deseo dirigirme a ustedes.

La crisis del coronavirus continúa teniéndonos a todos en un puño e incide sensiblemente en nuestra vida diaria. Desde marzo de este año todo el mundo está afectado por la pandemia del coronavirus. En estos días se exige mucho de todos nosotros. Renuncia a todo lo que apreciamos, modificación de nuestra vida cotidiana, incidencia negativa en la libre organización de nuestra vida, grandes limitaciones en nuestras visitas a la iglesia y en la celebración de la liturgia.

Mirando retrospectivamente, queridos hermanos y queridas hermanas, en primer lugar deseo dar gracias. La mayoría de las personas se han comportado muy responsablemente en las últimas semanas. También en nuestra diócesis. Pues, a pesar de todas las cargas mentales y físicas sufridas, si miramos a los otros países, hasta ahora hemos salido bien parados de la grave crisis en comparación. Pero estos tiempos todavía no han pasado.

Nuestra convivencia en los días tan absolutamente influenciados por el coronavirus nos muestra lo importante que es socorrernos los unos a los otros. La distancia espacial necesaria por motivos de higiene *no* ha llevado hasta ahora a que *la gente se distancie entre sí*. Al contrario: La atención por las situaciones y las necesidades del prójimo, la participación en su propio destino y la disposición a prestar ayuda mutua han aumentado en muchos lugares. La distancia condicionada por la higiene ha provocado, frecuentemente, un mayor acercamiento de los unos a los otros y una mayor participación mutua. Las dolorosas experiencias del aislamiento de los enfermos graves y los moribundos nos han afectado muy profundamente a todos. Gracias a Dios, los familiares, asistentes, médicos y amigos, pero también personas de profesiones eclesiósticas, sacerdotes, diáconos, referentes pastorales y parroquiales y, en especial, muchas, muchísimas personas cristianas que actúan honoríficamente se han cuidado de personas en situaciones críticas. Lo que he visto, oído y experimentado en términos de ingenio en cuanto al apoyo mutuo, me ha dado consuelo y esperanza a pesar de todo el sufrimiento que la situación lleva

consigo. Gracias a las personas comprometidas, la Iglesia se ha encontrado in situ cerca de la gente.

¡Queridas hermanas, queridos hermanos! Con todo lo que estos tiempos del coronavirus exigen de nosotros, *muchos creyentes se preguntan con pesar: ¿Por qué ha tenido que pasar todo esto? ¿Ha olvidado Dios su Creación, ha olvidado Dios a sus criaturas, nos ha olvidado a nosotros, las personas?*

¡Queridas hermanas, queridos hermanos! Nos es fácil responder a estas preguntas que tanto nos acosan. Pero es de ayuda echar mano de las Sagradas Escrituras. En la Biblia se habla prácticamente en todas partes de las experiencias de la gente con su Dios. En estas biografías no solo están siempre presentes la felicidad y la prosperidad, sino también la desgracia y las calamidades. Guerra y querrela, desesperación e impotencia, se tematizan ante la dolorosa experiencia de la lejanía de Dios del ser humano. Pero, las narraciones bíblicas también demuestran: en todo esto, la gente nunca ha abandonado el vínculo con Dios.

Por último, pero no menos importantes, son precisamente las experiencias de Jesús en su cercanía y lejanía de Dios, que son fuente de perturbación y desconcierto para nosotros. Jesús de Nazaret, el Bueno y el Justo, conoce con extrema intensidad los momentos del eclipse de Dios en su pasión y en la cruz. Su sufrimiento, ciertamente, no fue un castigo. Su grito de horror en la experiencia de la crucifixión no cae en el vacío. **Él pregunta a DIOS: "¿Por qué ME HAS abandonado?"** En la situación más desesperada, Jesús no renuncia a su

vínculo con Dios. – Nosotros sabemos lo que ha resultado de ello: Victoria sobre la muerte, la resurrección, la nueva vida...

¡Queridas hermanas, queridos hermanos! Miremos a Jesús de Nazaret, a los hombres y mujeres narrados en la Biblia, que no pierden a Dios en la necesidad.

A pesar de toda la falta de entendimiento de porqué tenía que pasar y pasa lo que estamos viviendo en la actualidad, continuemos vinculados a Dios.

¡No renunciemos a la relación con Dios! Dirijamos a Dios nuestras dolorosas experiencias, quizás llenas de reproches. **¡Rezar nos ayuda!**

Especialmente los salmos, los cánticos en el Antiguo Testamento nos permiten revivir con su lectura en qué medida los hombres de fe profunda agradecen a Dios, lo alaban, se dirigen a él con oraciones, pero también lo acusan de alejarse de ellos. ***Los salmos son una escuela de la oración en profunda necesidad.*** Como ya lo hicieron los personajes bíblicos, no renunciemos al vínculo vivo con Dios y lo mantenemos despierto y alerta cuando no nos olvidamos de Dios, cuando más bien nos dirigimos él, es decir, cuando oramos.

Todavía hay una segunda dimensión para no perder a Dios. No renunciemos al vínculo vivo con Dios cuando dejamos que el prójimo note nuestra cercanía, cuando dejamos que sienta que no está solo. Allí donde mi prójimo a través de mí y de mi comportamiento amoroso experimenta la cercanía benéfica de Dios, allí está Dios

presente. De esta forma, con nuestras acciones, en la práctica del amor al prójimo, nos convertimos en testigos de Dios.

*¿De dónde sacamos la fuerza para amar a nuestro prójimo y ayudarlo desinteresadamente? La fuerza de amar crece en nosotros en la oración a partir del vínculo vivo con Dios. ¡Pero también crece en nosotros, especialmente, **de la celebración de la Eucaristía!***

Queridas hermanas, queridos hermanos, nuestra Iglesia pasa una época con una dificultad sin igual. Nuestras reuniones y encuentros eclesiales padecen mucho por ello. Especialmente la celebración eucarística del domingo. Hasta ahora, solamente podemos concelebrar con un número limitado de creyentes y bajo condiciones apenas soportables. Me alegro de que ustedes, queridas hermanas, queridos hermanos, hayan venido hoy a la celebración de la Eucaristía dominical. Con ello dan una señal de su fe. Una señal de la fe en nuestra Iglesia. La celebración de la Eucaristía no es una reunión cualquiera. Sino que es también una forma de liturgia diferente a las otras, con independencia de lo importante que estas sean. Aquí solamente menciono la celebración de la Palabra de Dios con la recepción de la comunión. – En la Eucaristía, la Santa Misa celebramos la muerte y la resurrección de Jesucristo. Es una reunión sagrada, iniciada por Dios: una celebración litúrgica bajo signos sagrados. En ella, el amor de Dios por nosotros se hace simbólicamente presente y efectivo. Es, especialmente, la celebración sacramental del amor abnegado de Jesús de Nazaret por nosotros. En su celebración, ustedes, todos nosotros, como creyentes aquí y hoy somos llevados al Cristo vivo y actuante.

Por eso, queridas hermanas, queridos hermanos, me alegro y estoy agradecido de que celebremos la memoria de Jesús como pueblo de Dios. De su espíritu crece en nosotros la fuerza para actuar en el sentido y el espíritu de Jesús sobre *todo tipo de oprimidos en este tiempo difícil*.

¿Por qué les hablo de ello precisamente hoy en mi epístola?

Queridas hermanas, queridos hermanos, me mueve la preocupación de que en nuestra Iglesia, en los tiempos actuales de la pandemia, el profundo misterio de la Eucaristía pueda llegar a trivializarse e incluso caer en el olvido. Aquél que valora poco la Eucaristía, pierde el contacto vital con ella. Estemos alerta de no derramar la fuente eucarística de nuestra fe y nuestra Iglesia, de hecho, de toda nuestra Iglesia y acción personal, especialmente ahora en estos tiempos difíciles.

Si perdiéramos la Eucaristía, como Iglesia , perderíamos la *fuentes más importante de nuestra energía* para amar.¹ Pues en la celebración de la Eucaristía, el espíritu de Dios cobra vida entre nosotros. El Cristo presente nos contagia en su espíritu *de amar al prójimo como a sí mismo y amarlo hoy como Jesús nos amó*.

¡Que la bendición de Dios esté con todos nosotros!

¹ En la constitución sobre la Sagrada Liturgia proclamada solemnemente, el Concilio Vaticano II enseña: La liturgia, la Eucaristía, es el **origen, el punto medio**, el centro, y, al mismo tiempo, el objetivo de **toda acción eclesial**. (Comparar Sacrosanctum concilium Art. 10, Lumen Gentium Art. 11)

Rotemburgo, en la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 14 de
septiembre de 2020

Su obispo Gebhard Fürst

PC/CoV19BB: Wörter: 1.096; Z.o.L 6.351; z.m.L 7.439